

Después de estas reflexiones, ¿hemos de dar crédito á un documento incompleto y apócrifo á simple vista, como es la partida de Alcalá de Henares?

¿De cuando acá se firmó el gran lengüista Carvantes Cortinas, sino el apellido compuesto de Cervantes-Saavedra que es el que usaba su padre Blas Cervantes-Saavedra?

¿Más pruebas?

Si no bastan las apuntadas y hay quien quiera disoutirlas, sería preciso resucitar al que hace 300 años que murió y que él confirmase verbalmente lo que dejó escrito, en la seguridad de que diría: «Yo escribía en castellano no en griego».

En el capítulo XXII del primer tomo del Quijo dice claro y terminantemente:

«Cuenta Cide Hamete Benengeli, autor arábigo y manchego, en esta gravísima, altisonante, etc.»

Desde *in illo tempore*, vienen usando todos, ó la mayoría de los escritores, un pseudónimo como firma, así lo prueba el mismo Avellanada que quiso usurpar la gloria al verdadero *autor manchego* del Ingenioso Hidalgo, y éste también lo usó y adoptó el de Cide Hamete Benengeli; el que extractado se lee, aunque imperfectamente, su nombre y apellido, y digo imperfectamente porque entresacando 14 letras sin repetir ninguna se lee Miguel de Cebante.

Sin duda, lo hizo de propósito con el fin de que la confusión fuera mayor, y deducido todo esto, ¿desde cuándo Alcalá de Henares pertenece á la Mancha? Y él mismo dice: «autor manchego»...

Los alcalañinos se defienden y hacen titánicos esfuerzos por defender su causa y no les queda más recurso que decir que entonces se escribía la Ç (Ce cedilla) y de ahí deducen que dice Cervantes en su partida pero ¿y el hueco ó distancia existente entre la r y la a qué explicación tiene?

Creo que en aquella época, como en ésta, en toda España se escribiría el hermoso idioma castellano lo mismo y en la partida de Alcázar de San Juan no hay tal cedilla, ni tal distancia ni cosa que lo parezca, á cuyo fin, y para que se pueda comprobar, traduzco literalmente la citada partida, sin quitar punto ni coma, transcrita con las faltas ortográficas, según las exigencias modernas. Dice así:

*«En nueve días del mes de nobienbre de mill quinientos y cinquenta y ocho baptizó el bachiller feñor Alonso diaz pajares Vn hijo de blas de Cervantes-Saavedra y de Catalina lopez que le puso por nombre, Miguel. Fue su padrino de pila. Minchor de Ortega Acompañados Juan de Quiros y fran<sup>co</sup> Almendos y sus mujeres de los dichos.*

*El bachiller*

*Alº Diaz.»*

Esta es la partida bautismal existente en Santa María la Mayor de Alcázar, la cual tiene una nota marginal que dice: «Miguel. Este fué el autor de la historia de D. Quixote». Nota que se supone fué puesta por don Blas Nasarre cuando vino por orden superior á examinar los archivos parroquiales manchegos.

Aquí no hay cedilla, raspadura ni enmienda de ninguna clase, lo que prueba que á pesar de las distintas opiniones y la injusticia de atribuirlo á otro pueblo, es la auténtica, la fidedigna, la verdadera partida de bautismo de aquel glorioso Cervantes, honra y prez de la nación española.

Es decir, que á la pililla del bautismo de Santa María la Mayor se le podría grabar con letras de oro aquella redondilla que el manco de Lepanto, puso como final á su hijo D. Quijote, y refiriéndose al autor tordésillesco.

«Tate tate folloncico  
que de nadie seas tocada,  
porque esta empresa buen rey  
para mí estaba guardada.»

GASTÓN.

Tomelloso, 14 de Noviembre de 1915.

## La suerte de Amelia

Pedro, el reservista, está adormilado en su blanco y blando lecho, cuando al extremo de la sala una voz conocida le despierta sobresaltado.

—¡Aquí hay una ambulancia!... ¿Puede alguien darme noticias del sargento Stuard?... ¡Stuard, del 13 de coraceros, herido en Charleroy!

Pedro se incorpora anhelante, pues acababa de reconocer á su mujer, joven y fresca campesina. Esta llevaba el vestido de los días de fiesta.

Pedro la llamó á gritos.

—¡Amelia, por aquí! ¡La última cama! ¡Frente á la ventana!

—¡Ah! ¡Pobrecito mío!... Al fin doy contigo... ¡Tanto creer que no volveríamos á vernos!... ¡Y ya estamos juntos otra vez! ¡Esto es lo que se llama tener suerte! ¿Verdad que es una verdadera suerte?

Y se besaron y abrazaron con todas sus fuerzas.

—Coge una silla y siéntate... aquí, junto al lecho... ¿Por lo visto, recibiste mi carta?

—Ya lo ves... Después de tres semanas sin tener noticias tuyas, saber que vives, hay para volverse loca de alegría. Así es que en seguida me puse los mejores trapitos y aquí me tienes. Me ha sido fácil dar con tu hospital; pero una vez dentro me he perdido. Ni un sanitario, ni siquiera un enfermo á quien poder preguntar...

—Estoy en la sala de los convalecientes... por más que no hay otro convaleciente que yo. Me había quedado dormido. La enfermera ha salido á almorzar.

—Mejor, así podremos hablar tranquilamente... ¿Ha sido grave tu herida?

—Sí; muy grave... Pero ya estoy mejor; casi curado.

—¡Pues no tienes mala cara! Esperaba encontrarte mucho más desmejorado. Es verdad que has tenido tiempo para reponerte, ¡Dos meses! ¿Pero no te levantas aún?

—No; todavía no... Ya hablaremos de eso, ahora háblame de tí; tengo ansia de saber lo que ocurre por la alquería.

—¡Ah! Nada bueno; pero con los tiempos que corren otros pueden quejarse con más motivo que nosotros. Por de pronto los alemanes no se han acercado por allí. Además en el pueblo se venden los huevos, la leche, las patatas, las gallinas y los conejos á doble precio que antes, con la llegada de tanto parisiense como ha ido. Y, por último, el 20 de Junio murió tu tío Miguel. Ya le pesaban mucho sus setenta y dos años; pero la guerra lo ha acabado de matar. Te ha dejado la viña de L'Hautil. Está á una hora lejos y esa es una contrariedad; pero produce mucho. Como á nosotros, para ir á trabajar, no nos asusta darnos un paseo... todo quedará reducido á levantarnos más temprano.

Pedro suspiró.

—¿Te encuentras mal?... ¿Te duele aún la herida?

—No; es la alegría, la emoción que me causa el verte, que me apaga algo la voz y me cuesta hablar. Ya te diré después... Pero el oír no me cansa... Cuenta, cuenta...

—Pues veras. El tío Miguel nos ha dejado también su carricoche y el caballo, con todos los aparejos que había en la cuadra. Todas las semanas me monto en el carro para ir al mercado. Y tu, mi sargento, tú podrás darte importancia montando á caballo los domingos. La silla está nuevécita.

Pedro se agitaba impaciente.

—Tú no estás bien. ¿Quieres que te arregle las almohadas?

—No; así están bien puestas.

—¿De veras? Pues nadie lo diría. ¿Es que tienes